

Los contenidos historiográficos político-religiosos subyacentes en la literatura del siglo de oro español*

David García Hernán
Universidad Carlos III de Madrid

Fecha recepción 21.11.2013 | Fecha aceptación 6.10.2014

Resumen

Este trabajo se centra en el análisis de los mensajes de carácter político y religioso que se ofrecen al público en la excelente literatura española del Siglo de Oro. Más allá de la llamada literatura didáctica (tratadística, ensayos y la historiografía), también hay géneros literarios, como el teatro, la narrativa y la poesía, que apuntan principalmente hacia los gustos del lector. Es verdad que estos mensajes no eran necesariamente directos, pero de forma indirecta (y tal vez, a veces, más eficaz) también afectaron profundamente a los consumidores de estas representaciones culturales. No hay duda de que a través de la repetición esos mensajes también crearon una cierta conciencia históri- »

Abstract

The focus of this work is the analysis of the political and religious messages offered to the public in the excellent Spanish literature of the Golden Age. Beyond the so-called didactic literature (treatises, essays, and historiography), there are also the literary genres, such as theatre, narrative and poetry, which aimed mainly at the delight of the reader. Of course, these messages were not necessarily direct, but in an indirect way (and perhaps, at times, more effectively), they did deeply affect the audiences of these works of cultural representation. Undoubtedly, the repetition of the messages also created a certain »

* Este trabajo se inserta dentro del proyecto de investigación titulado “La cultura de la sangre y de la estirpe en la literatura del Siglo de Oro español. Sus condicionantes y sus implicaciones”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España, con número de referencia HAR2012-35995 y cuyo Investigador Principal es el doctor David García Hernán.

Resumen

«ca, que no siempre tenía que ver con la realidad de los hechos, en el ámbito de las mentalidades y de los estados de opinión. Una conciencia histórica que, a su vez, también podría convertirse por sí misma en un tema histórico, ya que tenía una relación con los acontecimientos y con los caminos que se iban a seguir en la evolución política internacional. Es obvio que una nación “convencida de su misión” tenía una cierta capacidad que fue importante en las relaciones exteriores, y los gobernantes actuaron en consecuencia.

Palabras clave

Historiografía, Propaganda, Política, Literatura, Religión, Siglo de Oro español

Abstract

« historical consciousness –not always corresponding with reality– in the field of public opinion and social mentality. In turn, this historical consciousness was able to transform itself into a historical subject, as it was related to events and to the paths that would be followed in the changing international politics. Evidently, a nation “convinced of its mission” had a certain capacity that was of significance in foreign affairs, and rulers acted accordingly.

Key words

Historiography, propaganda, Politics, Literature, Religion, Spanish Golden Age

La literatura de ficción como transmisora de contenidos historiográficos

No decimos nada nuevo si comenzamos el presente trabajo afirmando que también la literatura de ficción (no digamos los géneros como la tratadística o la historia) ha sido utilizada, a través, prácticamente, de todos los tiempos, como instrumento de propaganda política. Aunque no siempre, el teatro, por ejemplo, ha ido poniendo –y pone– en escena las relaciones político-sociales y una determinada ideología¹. El grado de implicación con la realidad que se quiere representar ha podido ser incluso muy directo, elocuente y nada disimulado. Desde la posibilidad de reflejar las derrotas militares en un tono tan condescendiente que casi parecían victorias, hasta la exaltación de estas últimas hasta niveles míticos. Además, estaban las obras “de encargo”, como las que se programaron, por ejemplo, entre los ejércitos de la Monarquía Hispánica en ocasiones sobre la guerra para entretenimiento de los soldados, con fuerte y evidentes dosis de adoctrinamiento, como ha demostrado, Rafael Valladares para el caso de la guerra fronteriza luso-española a mediados del siglo XVII. En un ejemplo como éste se puede ver claramente la utilización directa del teatro desde el poder, constituyéndose la escena como una arma política y militar². Sobre este mismo contexto histórico, la obra de Luis Vélez de Guevara *Reinar después de morir* pretendía también objetivos propagandísticos y políticos, al intentar armonizar la deteriorada relación entre Madrid y Lisboa³.

La atención que ponían las elites de poder en esta arma comprendía también el reconocimiento implícito de que la propaganda a través de estos medios no podía ser contraproducente, porque, de otra manera, se anulaban los efectos que podían tener sobre los “adoctrinados”. Es decir, se guardaban unos mínimos de verosimilitud en los argumentos de las obras que iban más allá de la necesidad de éstas para mantener el interés por la trama representada. Los mensajes eran entonces complejos y buscaban un convencimiento, ante un público mucho menos pasivo de lo que se ha supuesto, que no dejara en evidencia el interés de la transmisión de un determinado signo de la información que fuera demasiado simplista⁴.

En el caso de los escritos de carácter épico, la tradición literaria española, que acompañó durante siglos las concepciones de los autores a este lado de los Pirineos, no se contentó sólo con “cantar” las glorias de los soldados y aventureros españoles, sino que se inclinó bastante hacia el realismo y la historicidad⁵. Evidentemente, no con las armas metodológicas de los historiadores actuales, ni siquiera con las de los entonces, sino exponiendo una serie de complejidades en el perfil del soldado español que le proporcionaban una imagen de gran verosimilitud ante los lectores. Entre esas complejidades está la de dar voz a los vencidos, y

1. G. Balandier, *El poder en las escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, 1994, p. 36.

2. R. Valladares Ramírez, *Teatro en la guerra. Imágenes de príncipes y restauración de Portugal*, Badajoz, 2002, p. 49. Para Valladares obras como “El sitio de Breda”, “El Brasil restituido” o “El primer blasón del Austria”, tienen un innegable carácter propagandístico.

3. R. Valladares Ramírez, *Teatro en la guerra...*, pp. 53-55.

4. J. H. Elliott: “Poderes y propaganda en la España de Felipe IV”, en *Homenaje a José Antonio Maravall*, Madrid, 1985, T.II, p. 17, 41 y 42.

5. Ahí está la clásica comparación sobre estos temas entre la *Chanson de Roland* y el *Mío Cid*, por ejemplo.

en ninguna obra se puede encontrar esto de forma más sobresaliente como en *La Araucana*, donde los indios son protagonistas de muchos pasajes, e intervienen en casi toda la obra entera. El canto X, por ejemplo, trata de “ufanos los araucanos de las vitorias habidas, ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias”⁶.

Además, en los mensajes que se cruzan entre autores y receptores en la temática con trasfondo político, hay una constante dialéctica entre lo que pretenden los gobernantes y los gustos del público. Una dialéctica que no tiene por qué ser perfectamente consciente o preparada por los primeros, sino que responde a los estímulos de una forma natural y que tiende a salvaguardar sus intereses más elementales. Los autores se atenían, muy preferencialmente, a los gustos del público. Unos gustos que creaban, lógicamente un mercado, y, en este sentido, ya lo decía Cervantes claramente en el Quijote: “Y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide”⁷.

De hecho, muchas comedias tenían su interés en función de la actualidad política del tema que trataban. La obra *La restauración de Buda*, de Bances Candamo, se basaba en los hechos del ataque cristiano a Budapest de 1686 y de la conquista de la ciudad a los turcos, y contenía clarísimamente aspectos ideológicos tan repetidos como la glorificación de la Monarquía Hispánica, a la que se considera sostén de la religión mediante el imperio político⁸. El público estaba enterado de los diferentes sucesos de la Sagrada Liga y de esta guerra, por lo que Bances se tuvo que documentar bastante sobre los hechos históricos. No obstante, cuando se acabó este contexto político-militar, la comedia ya no tuvo tanto interés⁹.

Lo mismo podemos decir del gran éxito en su tiempo, a pesar de su pésima calidad, de la representación de la obra de teatro de Antonio Mallí de Brignole, *La batalla de Lepanto*, mientras que su autor será posteriormente insignificante para la historia de la literatura. Así como, con algo más de calidad, aunque con dudas sobre su autoría, de la obra poética de Juan Rufo *La Austriada*, sobre don Juan de Austria, que tuvo tal éxito que en tres años alcanzó tres ediciones: Madrid, 1584; Toledo, 1585; Alcalá, 1586¹⁰; dentro de un contexto cultural de extraordinaria producción y difusión de obras, nada más conocerse, sobre el acontecimiento político-militar “del siglo”, la batalla de Lepanto¹¹.

6. A. de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana*; cito por la edición de Madrid de 1993, Canto X.

7. M. de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, (primera edición de la primera parte en 1605 y de la segunda en 1615), cito por la edición de J. Pérez del Hoyo, Madrid, 1963.

8. F.A. de Bances Candamo *La comedia de la restauración de Buda*, Madrid, 1686.

9. Enrique Duarte: Fuentes y representación de “La restauración de Buda”, comedia bélica de Bances Candamo”, en F. B. Pedraza, Jiménez, Rafael González Cañal, Elena E. Marcelo (eds), Guerra y paz en la comedia española. Actas de las XXIX jornadas de teatro clásico de Almagro, Almagro, Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha, 2007.

10. J. López de Toro, *Los poetas de Lepanto*, Madrid, Instituto Histórico de la Marina, 1950, p. 44 y ss.

11. M. Rivero, *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional*, Madrid, Sílex, 2008, p. 258.

Y todo ello dentro de un horizonte cultural –no hay que olvidarlo- en que no había en el público en general una clara distinción entre la realidad y la leyenda en las glorias que se contaban de los héroes de la guerra. No hay que perder nunca de vista que esta es la misma sociedad en la que Cervantes denunciaba las novelas de caballería por lo que tenían de confusión entre la realidad y la leyenda, y en la que Fray Luis de Granada, previamente, había advertido que la admiración por un hecho confundía las cosas verdaderas con las “fabulosas y mentirosas”¹². Como es natural, el hecho de que la línea entre realidad y mito fuera una especie de nebulosa para muchos espíritus –muy mayoritariamente los no cultivados- de la época, aderezaba con los tintes más cálidos y pasionales la cultura que se iba reproduciendo sobre el poder y la guerra.

Además, hay que tener en cuenta que las obras literarias de ficción tienen una mucho mayor capacidad de difusión por la amplitud de públicos a los que llegan (ya decía Cristóbal Mosquera de Figueroa que la poesía era más universal que la Historia, refiriéndose a la gran resonancia que iban a tener los acontecimientos épicos que se recogían en *La Araucana*¹³), por lo que los efectos propagandísticos se redoblan no sólo en el plano cualitativo, como veremos, sino en el cuantitativo.

Por todo ello, no nos puede sorprender el hecho, difícilmente explicable de otro modo, de que, en líneas generales, la mayoría de los españoles conocían la política exterior del rey, ya que, como ha apuntado Rodríguez Salgado, las estrategias utilizadas para convencer y para que se apoyara su acción política eran suficientes. La visión política religiosa de la monarquía, transmitida por las representaciones culturales en forma de justificaciones ideológicas, morales, económicas y políticas, iban en la dirección de que, tanto elites como elementos populares apoyaran las campañas del rey, y conseguirían grandes adhesiones¹⁴.

De esta forma, las representaciones culturales contemporáneas, especialmente, como es lógico, el género de la épica, aunque también la iconografía y, por supuesto, la propia historiografía, no sólo no deben considerarse un reflejo directo de la realidad (por mucho que contengan elementos importantes que se pueden considerar como auténticas fuentes históricas) sino también es justamente lo contrario. En muchas ocasiones suponen un medio para la construcción de una realidad. Como ya apuntó Vilá i Tomás para el caso de la propaganda política de la España del siglo XVI a partir del modelo clásico, concretamente de la épica de Virgilio¹⁵, las representaciones culturales, y, entre ellas, la literatura, se nos muestran así también como un elemento importante de agente histórico.

12. Fray Luis de Granada, *Obras*, I p. 327. B.A.E. (VI).

13. A. de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana*; cito por la edición de Madrid de 1993, [XLIX]

14. M.J. Rodríguez Salgado, “Patriotismo y política exterior en la España de Carlos V y Felipe II”, en F. Ruiz Martín, *La proyección europea de la Monarquía Hispánica*, Madrid, 1996, p. 85.

15. L. Vilá i Tomás: *Épica e Imperio: imitación virgiliana y propaganda política en la épica española del siglo XVI*, t.d., Universidad Autónoma de Barcelona, 2001.

El poder de la monarquía

Uno de los pilares básicos de la sociedad política del Antiguo Régimen, la asunción de la idea de la monarquía autoritaria, encuentra cauces de expresión en la literatura cuando se ponen de manifiesto los atributos de la realeza y las funciones que asume ésta para la seguridad de los súbditos. Es evidente que en muchísimas obras se transmite la idea de la Monarquía justa y paternalista, ya sea, como en otras muchas temáticas tendentes a la conservación y perpetuación del orden político y social establecido, por indicación de las elites dirigentes, por propio convencimiento del autor, o, lo que era más común, por satisfacer los gustos –eminentemente conservadores– del público. Así, en *La Serrana de la Vera*, de Luis Vélez de Guevara, los Reyes Católicos aparecen en el contexto de la guerra de Granada como heroicos, justos y bondadosos, aunque también dignos de inspirar temor. No hay dudas del convencimiento por el autoritarismo del rey con expresiones justificativas en boca de los personajes como “el rey es Dios en la tierra”¹⁶.

Como también la expresión que refleja Ruiz de Alarcón: “Lo que manda el Rey nunca es injusto”¹⁷; o la bastante más famosa de Calderón, por mucho que tengan el elemento limitativo del honor: “Al rey la hacienda y la vida se ha de dar...”¹⁸.

La imagen del rey justiciero se va extendiendo por los distintos géneros literarios, como en el cuento de Melchor de Santa Cruz de Dueñas “El zapatero y el rey”, donde el monarca hace justicia ante las afrentas de un poderoso como era un arcediano de la ciudad que había podido escapar por su posición de un crimen que había cometido¹⁹. A la vez que igualmente, se transmite la idea del soberano como guía y pastor de la sociedad, como ocurrió en la literatura de la época con la figura de Carlos I, en el que confluyen el mito pastoril de la literatura clásica y Cristo como buen pastor que cuida de sus rebaños²⁰.

También se presenta la imagen del rey como gobernante que no tiene ningún defecto. En su cuento titulado “De disimulación y fingimiento”, Luis de Zapata Chávez afirma al final que en un libro en el que se decía “una sola falta tiene el rey”, un importante doctor jubilado de Valladolid oyendo esa expresión ante la lectura del mencionado libro llegó a decir: “¡Jesús!, el Rey; no hay en él ninguna falta, y eso es muy mal hablar, y no se lea más”. Pero, en esto, dijo otro que también estaba escuchando la lectura: “No juzgue vuestra merced; volvamos la hoja”, y, una vez que se llegó al reverso, proseguía la lectura: “que era la falta haber venido en

16. L. Vélez de Guevara, *La serrana de la Vera*, Edición crítica de W. Manson y G. Peale, California, 1997, Acto II, p. 127.

17. Cit. por J.H. Elliott, “Poderes y propaganda en la España de Felipe IV”, en *Homenaje a José Antonio Maravall*, Madrid, 1985, T.II.

18. P. Calderón de la Barca, *El alcalde de Zalamea*, Madrid, Cátedra, 2005.

19. M. De Santa Cruz de Dueñas: “El zapatero y el rey”, en F. Navas López y E. Soriano Palomo (eds.): *Cuentos del Siglo de Oro*, Madrid, Castalia, 2001.

20. J.M. Díez Borque, *Teoría, forma y función del teatro español de los siglos de Oro*, Palma de Mallorca, 1996, p. 235.

tiempo que no se vivía seiscientos años, para que con tal rey gozara España de tanta felicidad”, con lo que “el leal auditor quedó descansado”²¹.

Y eso por no hablar de la constante vindicación de la labor de los reyes de España en la Historia. Cuando, como hemos visto, era muy fina y tenue la línea entre la realidad y la representación de esa realidad a través de distintas imágenes (hasta el punto de que se llegaban a desfigurar incluso los propios hechos), el ensalzamiento de la autoridad monárquica en los episodios más emblemáticos de la Historia de España era una constante. En uno de los libros más vendidos y difundidos de su época, *El viaje entretenido*, de Agustín de Rojas Villandrando, la figura mítica de Alfonso X el Sabio sale a colación con los tintes más elogiosos:

“RÍOS: No era como ninguno de los que dijistes [sic] en la loa el rey Don Alonso del décimo de Castilla, que diferentemente gastaba y con más discreción repartía. Pues os contaré de él una de las mayores grandezas que he oído hasta hoy de ningún príncipe.

ROJAS: ¿y cuál fue?

RÍOS: Reinando en la ciudad de Burgos este rey don Alonso el décimo (que he dicho), vino la emperatriz de Constantinopla a ella; la cual habló al rey y dijo cómo el emperador su marido estaba preso en poder del Soldán [sic.] de Babilonia, y que su rescate era cincuenta quintales de plata, para lo cual el Padre Santo le había dado la tercia parte y el rey de Francia la otra, y venía suplicarle le favoreciera con la que faltaba. Y el rey la consoló y dijo que todo cuanto le habían dado volviese de quien lo había recibido, y mandó que se le diese todo el rescate entero, que eran diez mil marcos.

SOLANO: Notable pecho.

RÍOS: Digo que este rey cristianísimo no gastaba sus rentas (como esos príncipes que dijistes [sic]) en banquetes, sino en grandezas semejantes”²².

Se transmite así una imagen de extrema generosidad con sus súbditos y casi sacralizada de la monarquía, que ha cubierto de gloria las mejores páginas de la historia del España. En otra obra divulgadísima (una de las novelas de la literatura española que más éxito tuvieron en su tiempo, con cuarenta ediciones en España y siete en el extranjero), la *Historia de los bandos de les zegríes y abencerrajes*, de Ginés Pérez de Hita (buen conocedor del tema, pues no sólo conocía el árabe, sino que participó como soldado en la guerra de las Alpujarras), se puede ver también un claro y extremo ensalzamiento extremo de la figura de Fernando el Católico en el contexto de la rendición de Granada. La idea que se transmite es la que poco menos que el último reducto musulmán en España se toma por la virtud y misericordia del monarca. Habiendo llegado al campamento real de Santa Fe un grupo de moros notables, “admirados de ver tanta braveza de cavallería Christiana y de ver aquel fuerte Real y su as-

21. L. de Zapata Chaves: “De disimulación y fingimiento” (Miscelánea silva de casos curiosos), en F. Navas López y E. Soriano Palomo (Eds.), *Cuentos del siglo de Oro*, Madrid, Castalia, 2001, p. 83.

22. A. de Rojas Villandrando, *El viaje entretenido*, Edición a cargo de Jean Pierre Ressay, Clásicos Castalia, Madrid, 1995, pp. 446-447.

siento”, se llega a poner en boca del personaje Aldoradín, “caballero muy estimado y rico en Granada”, la siguiente exaltación del de Aragón:

“No las sangrientas armas, ni el belicoso son de acordadas trompetas y retumbantes caxas ni arrastradas vanderas, i muerte de varones, de varones ínclitos, claro y poderoso Rey de Castilla, a sido parte para que nuestra famosa ciudad de Granada viniese a se te entregar, y dar y abatir sus bélicos pendones, sino sola la fama de tu soberana virtud y misericordia, que con tus súbditos usas y tienes, como claro sabemos. Y confiados en que nosotros los moradores de la dicha ciudad de Granada no seremos menos tratados ni honrados que los demás que a tu grandeza se han dado, nos venimos a poner en tus Reales manos...”²³.

Y, por supuesto, también es lugar común la transmisión de la idea del sublime poder de la monarquía. En el auto sacramental calderoniano *El primer blasón del Austria*, el rey de Hungría se siente seguro porque le acompañan las armas españolas ante la próxima e importante batalla de Nördlingen contra los suecos (1634). Y esta impresión de seguridad merced a la fortaleza de su “invencible” aliado el monarca Católico, la expresa de una forma tan directa como la que nos muestra cuando se dirige al Cardenal-Infante en estos términos:

“REY: De todo el mundo me veré temido
con tal hermano y tal amigo al lado;
desde hoy ya desestimo, ya desprecio
las arrogantes armas del socio” [sueco]²⁴.

Tal es la “sumisión cultural” que se muestra en la literatura ante la imagen glorificada de la monarquía que incluso hasta se justifica la idoneidad del sistema de validos del rey por cuanto es una decisión que emana del propio soberano. Otra de las más divulgadas obras de su tiempo, la *Vida del escudero Marcos de Obregón*, contiene una visión del sistema de validamiento como algo natural, perfectamente comprensible de acuerdo con el orden natural de las cosas, y propio de la esfera de poder de los reyes:

“Los grandes monarcas, reyes y príncipes nacen subordinados al común orden de la naturaleza, y sujetos a las pasiones de amar y aborrecer, y han de tener amigos a quien naturalmente se inclinen, que las estrellas son poderosas para inclinar a un amigo más que a otro, que cuando estas amistades van por la sola elección, no tienen aquella sazón y gusto que las otras: y siendo superiores los príncipes, como lo son, no han de elegir el privado a gusto ajeno, sino al suyo, y

23. G. Pérez de Hita, *Historia de los vandos de los zegríes y abençerrajes caballeros moros de Granada, de las ciuiles querra que vuo en ella, y batallas particulares que vuo en la Vega entre moros y cristianos, hasta que el rey don Fernando Quinto la ganó*, Madrid, 1983 (primera edición de Zaragoza de 1595), en p. 327.

24. P. Calderón de la Barca, *El primer blasón de Austria*, Estudio y edición de Enrique Rull y José Carlos de Torres, Madrid, 1981.

siéndolo, también lo será al gusto de los vasallos, cuyo bien pende del gusto bien ordenado del príncipe...”²⁵.

Aunque se trata de literatura, muy bien recibida por el público, de ficción, al leer estas líneas uno no puede por menos que compararlas con lo que casi podría ser un texto de la tratadística política de la época. Una tratadística, desde luego, muy proclive a la afirmación de la autoridad monárquica y que, desde este soporte más indirecto del mensaje que lleva, seguramente mucho más efectivo que los ensayos, llenos de interminables latinismos y notas al margen, al uso.

Además, las personas reales gozan también de una aureola de gloria que lo inunda todo, especialmente si es el caso de auténticos héroes de la España de su tiempo, como el Cardenal-Infante en la España de Felipe IV, a quien se dedican las más elogiosas páginas, como decía el pícaro-soldado Estebanillo González con ocasión de la muerte de Don Fernando de Austria:

“Al fin, quiso el cielo llevarse lo que era suyo, dejando a estos Estados sin príncipe que los gobernase, a España sin infante que la socorriese, y a los soldados sin padre que los amparase”²⁶.

Y, por supuesto, como valor supremo de la monarquía se presenta en la literatura, en todos sus géneros, la exaltación de la religión. La imagen de la dinastía, comprometida profundamente con los valores de la religión y de la iglesia católica se repite por doquier, incluso trasformando los hechos históricos para poner de manifiesto esta ineludible ligazón. Juan de la Cueva, por cierto, expuso en *El saco de Roma* una visión bastante particular de este acontecimiento histórico en que aparecía, ciertamente, bastante áspera la imagen de la monarquía en cuanto a su historia reciente. Dicho autor se afana en poner de manifiesto la absoluta inocencia del emperador Carlos ante tan terrible acontecimiento, inculcando completamente del asunto al condestable de Borbón. En un diálogo con el capitán Estrada, le hace decir al soberano al respecto:

“CARLOS V: ¡Válgame Dios! ¿Qué decís?
 ¿La santa ciudad a saco?
 No llaméis míos a hombres
 que hicieron tal desacato.
 Protesto a Dios, como a quien
 sabe el pensamiento humano,
 que no le hubo en mí jamás
 de este irreverente acto,
 ni que a Borbón le dí orden

25. V. Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, (primera edición de Madrid, de 1618) Madrid, Castalia, 2001, relación segunda, descanso XII.

26. Anónimo, *La vida de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesta por él mismo* (primera edición de Amberes de 1646), Revista electrónica Lemir, 13, (2009), edición cuidada por Enrique Suárez Figaredo. p. 561.

de ir contra Roma, afirmando
sobre la cruz de esta espada
que le mandé lo contrario²⁷.

Y, en *El valor no tiene edad* de J.B. Diamante, el mismo soberano español aparece nada menos con los méritos de un santo en el diálogo que se establece entre el famoso militar García de Paredes y el propio emperador:

“GARCÍA: Como Dios ha de premiar
señor, vuestro afecto santo,
bastaba vuestra virtud,
sin el valor soberano,
para ocupar los distritos
que hay del Oriente al Ocaso
EMPERADOR: ¡Diego García!
GARCÍA: ¡señor!
EMPERADOR: Mirad que soy mal cristiano.
GARCÍA: Vive Dios, que sólo siento
no nacer de aquí a cien años,
aunque no hubiera servidoos.
EMPERADOR: ¿Para qué?
GARCÍA: Para rezaros
EMPERADOR: ¿Qué decís?
GARCÍA: Cuando la Iglesia
Lo mande; que, o yo me engaño,
O ha de haber San Carlos Quinto,
Señor, en el calendario²⁸.”

Realmente poco se puede comentar, después de estos versos, sobre lo que suponen en cuanto al contenido historiográfico político-religioso subyacente que inevitablemente contienen.

Monarquía, literatura, y providencialismo

Los gobernantes de los siglos XVI es evidente que, como han destacado varios autores (Georges Minois, Nuria Salas, y otros muchos), recurrieron con la “necesaria” frecuencia a la vieja pero efectista idea de que las victorias conseguidas en el campo de batalla eran premios que dios otorgaba a sus fieles, mientras que las derrotas eran castigos que transmitía porque el pueblo había pecado. Como ha afirmado sagazmente F. Negredo, era ésta una argumentación

27. Juan de la Cueva, *El Saco de Roma*, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes. Acto I.

28. J.B. Diamante, *El valor no tiene edad*, en “*El teatro español. Historia y antología*”, T. IV, Edición de Federico Carlos Sainz de Robles, Madrid, 1943. Jornada Tercera.

tautológica que se podía no creer en ella, pero que nadie se atrevía a rebatir, ya que esto implicaba un doble delito, contra Dios y contra el rey²⁹. Para el caso español, esta argumentación se hacía especialmente efectiva habida cuenta de la expansión del imperio de los Austrias merced a los frutos de una relativamente exitosa política matrimonial y al abultado número de victorias militares, algunas con un carácter ciertamente sorprendente y admirable, que se estaban cosechando en lugares tan distantes en una escala casi mundial. Con ello iba creciendo la cada vez más extendida creencia de los españoles eran una especie de pueblo elegido, lo que ya por sí sólo podía legitimar nada menos que la política exterior de la Monarquía. Se imponía la idea de que había que cumplir con un proyecto divino que se estaba encargando a los fieles favoritos de Dios, y ninguna misión había más alta y más trascendente que este encargo providencialista.

Rodríguez Salgado se encargó también de este cargado providencialismo, resaltando el hecho de que, por la residencia allí del monarca, Castilla se estaba convirtiendo en el corazón de un imperio que luchaba por Dios. Los españoles, complementariamente a ello, asumieron cada vez más la idea de que eran especiales y diferentes, hasta el punto de tener que asumir unas responsabilidades particulares que les estaba asignando el mismísimo Dios³⁰.

En relación con aquel argumento de premio y castigo, en realidad todos los países creían que habían sido elegidos para sustentar la fe³¹, dentro de la dinámica políticamente confesional de la época. Se ha llegado a decir incluso que la idea de cruzada pudo ser considerada como el norte de la civilización cristiana³². Pero es que esta idea de providencialismo y hasta mesianismo, con la idea de cruzada como telón de fondo, está muy presente el mundo de la política española a través de todo un horizonte rico y complejo de representaciones culturales. Ahora bien, imposible determinar hasta qué punto los gobernantes españoles se creían realmente que su misión era verdaderamente divinal; ¿Cuál era el grado de propaganda y cuál el de sincero convencimiento religioso? ¿Duraron de estas cuestiones en su propia vida interior espiritual? Por otro lado, ¿los gobernados no tenían límite en cuanto a la asimilación de esos mensajes propagandísticos que siempre eran verosímiles pero muy pocas veces verdaderos? Ciertamente no podremos meternos nunca en sus mentes para dilucidar con rigor estas cuestiones, aunque podemos acercarnos a las respuestas a través de los mensajes lanzados por las fuentes literarias, especialmente las más indirectas (pero pensamos que, contradictoriamente, más efectivas) de las fuentes literarias de ficción³³.

29. F. Negredo del Cerro, *Los predicadores de Felipe IV: Retórica y política en la Real Capilla*, Madrid, Actas, 2003. Vid. Especialmente todo el capítulo 4 apartado 3.

30. M.J. Rodríguez Salgado, "Patriotismo y política exterior en la España de Carlos V y Felipe II", en F. Ruiz Martín, *La proyección europea de la Monarquía Hispánica*, Madrid, 1996.

31. G. Parker, *El éxito nunca es definitivo. Imperialismo, guerra y fe en la Europa moderna*, Madrid, 2001. Introducción.

32. P. García Martín, *La péñola y el acero. La idea de cruzada en la España del Siglo de Oro*, Sevilla, 2004.

33. Una visión relativamente extensa de los contenidos de estos mensajes en lo que se refiere a la transmisión de la cultura de la guerra en D. García Hernán, *La cultura de la guerra y el teatro del Siglo de Oro*, Madrid, Sílex, 2006.

Hay, claro está, un gran providencialismo político en las obras de autores como Juan de Salazar, cuya *Política española*, publicada en 1619 se considera una de las máximas expresiones de esta tendencia, y en la que argumenta que la guerra y el ejército son fundamentales para ese sagrado fin³⁴. Por su parte, en su famosa *Política de Dios...* Quevedo defiende que la mejor vía para alcanzar la victoria militar es la oración y la vida religiosa, y que es Dios quien, en su misión providencia, elige al capitán general³⁵.

Pero, como venimos diciendo, estas ideas transmitidas de una forma más indirecta, pero al mismo tiempo concreta por la tendencia a la personificación en la literatura de no ficción, podían tener una resonancia incluso mayor que las de ensayos y tratados, aunque sólo fuera por el número de ejemplares –muy superior– que se distribuían de este tipo de obras. En el *Estebanillo González*, por ejemplo, se presenta a Felipe IV como el Rey Planeta y, sobre todo, como el defensor de la fe. No hay nada más que leer este significativo pasaje:

“En efeto, llegamos a Mesina, adonde quedé absorto de ver la grandeza de su puerto, ocupado con setenta galeras y cincuenta bajeles, todo debajo del dominio el Planeta y Rey Cuarto [Marte, planeta cuarto, es el dios de la guerra], defensor de la fe y azote de los enemigos della”³⁶.

Y en la obra de Lope *La Santa Liga* se transmitía claramente la idea de que Pío V estimaba más a Felipe II por su celo religioso³⁷. Un Felipe II que también es alabado, entre los infinitos ejemplos que pudiéramos traer a colación, por Fernando de Herrera, quien en su obra poética sobre Lepanto le presenta como el modelo de gobernante comprometido con la defensa de la fe³⁸.

El enemigo como Anticristo y el gusto del público

Los temas de la política exterior se van tratando con cada vez más elementos de interpretación mesiánicos y de cruzada, sobre todo, como es natural, aquellos en que los enemigos pertenecen a otra convicción religiosa. Herrera, con el objeto de que su relato sea más trascendente, deja al lado clarísimamente los motivos políticos, económicos o circunstanciales de la lucha para subrayar en sus versos que la lucha contra el turco es, ante todo, una cruzada, en unos términos míticos dentro de la secular pugna entre Europa y Asia. Y no sólo Herrera. Muchos autores y creadores en general presentan a Lepanto como un hecho trascendente en-

34. F. Castillo Cáceres, “El providencialismo y el arte de la guerra en el Siglo de Oro: La “política española” de Fray Juan de Salazar”, *Revista de Historia Militar*, 75 (1993).

35. F. Quevedo y Villegas, *Política de Dios y gobierno de Cristo*, B.A.E. Vol. XXIII, T.I., p. 97.

36. Anónimo, *La vida de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesta por él mesmo* (primera edición de Amberes de 1646), *Revista electrónica Lemir*, 13, (2009), edición cuidada por Enrique Suárez Figaredo. p. 422.

37. Lope de Vega, *La Santa Liga*, Edición de Madrid de 2009, Acto II.

38. J. Montero: “Poesía e Historia en torno a Lepanto: el ejemplo de Fernando de Herrera”, en *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía Moderna*, Córdoba, Junta de Andalucía, 1995, pp.283-289.

tre civilizaciones (en el que se impone el orden de una civilización frente a la barbarie de otra) y se establece un paralelismo con otro hecho parecido en ese contexto como fue la batalla de Actium narrada por Virgilio³⁹.

Además, al resaltar tanto las barbaridades y destrozos de los turcos, no sólo se está en la idea de inspiración virgiliana de la civilización de occidente frente a la barbarie de oriente, sino que claramente se está creando un escenario concreto de opinión, que va a jugar su papel sustancial en los hechos militares reales; como, en la propia batalla de Lepanto, jugó ese papel el episodio de Famagusta, en que los turcos se emplearon con una crueldad extrema ante los vencidos chipriotas.

Era evidente que la satanización del otro y lo irracional que esto lleva consigo se convertían en instrumentos de la monarquía absoluta para aglutinar voluntades y ser posible la movilización colectiva, lo que entrañaba indudables ventajas⁴⁰. Y todo esto va generando a su vez múltiples representaciones en este sentido, tan beneficiosas, sobre todo, para las elites gobernantes. Ya Cervantes –muy difícil encontrar un propagador mejor de estas ideas que el genial novelista- calificaba de “homicidas del género humano” a los turcos poniendo en boca del famoso cautivo las siguientes frases:

“Y, aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos a veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver, a cada paso, las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba a éste, desorejaba aquél; y esto, por tan poca ocasión, y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano”⁴¹.

Otros autores, de no tanta proyección, claro, también denunciaban elocuentemente los destrozos y la presunta barbarie de los turcos, incidiendo en los aspectos más sagrados de la religión para que fueran los versos lo más efectistas posibles ante la receptividad del público, tal y como exponía Cristóbal de Virués en su *Batalla Naval*:

“El magnífico templo consagrado,
los sacros monasterios religiosos,
en ceniza y carbón lo habían tornado.
Las imágenes santas, los hermosos
altares y retablos venerables
los lugares benditos y piadoso,
Por las perversas gentes miserables

39. M. Rivero, *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional*, Madrid, Sílex, 2008, p. 279-282.

40. F. Negro del Cerro, *Los predicadores de Felipe IV: Retórica y política en la Real Capilla*, Madrid, Actas, 2003. Cap. 4.2.

41. M. de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, (primera edición de la primera parte en 1605 y de la segunda en 1615), cito por la edición de J. Pérez del Hoyo, Madrid, 1963, I parte, p. 212.

fueron despedazados y deshechos
con sacrílegas manos detestables,
Los claustros ricos, los dorados techos
de divinas historias matizados
con tanta perfección y costa hechos,
Todos fueron por tierra derribados
todos por la sacrílega y malvada
gente con mil injurias profanados⁴².

Con mucha mayor difusión y con un tono parecido subrayando la arrogancia y presunta perfidia extrema de los turcos, Ercilla habla en su *Araucana* de la “soberbia del bárbaro ambicioso” y de la “gente pérfida enemiga”⁴³.

Y todo esto dentro de una realidad social en la que tenía gran importancia la política exterior y la guerra en la conciencia colectiva y en los estados de opinión pública. Son palmarias en este sentido las palabras de F. Negrodo, que revelan la trascendencia de estos temas y la necesidad de profundizar en sus estudio por mucho que las fuentes sean tengan limitaciones mayores –por motivos obvios- que en otro tipo de grandes cuestiones históricas: “Resulta del todo punto innegable la incidencia que tuvieron sobre la conciencia colectiva todos los sucesos de índole internacional en los que la monarquía de Felipe IV se vio inmersa... Una parte importante de la población con mayor representación en las ciudades y no digamos ya en la corte, se sentía muy vinculada (quizá por afectada) a los acontecimientos que en los diferentes escenarios bélicos se fueron sucediendo”⁴⁴.

Todo esto ayudaba extraordinariamente a que los castellanos interiorizaran esa idea de ser los principales defensores de Dios y del rey. El providencialismo, como ya avanzábamos, se convirtió entonces en una idea omnipresente que traía tras de sí todo un proyecto político, como se ha subrayado por autores de la talla de la mencionada Rodríguez Salgado o Fernández Álvarez⁴⁵. Se estaba muy cerca de la consideración, dentro de una concepción mesiánica de la Historia, de que eran tiempos heroicos que creaban grandes expectativas sobre la fortaleza del Imperio Español; lo que, ciertamente, al final no podía ser nada bueno cuando los vientos empezaran a ser desfavorables...

Los soldados como brazos de los designios de Dios

En la novela del *Curioso Impertinente*, Cervantes hace decir a uno de los personajes que los valerosos soldados intentan las cosas dificultosas por Dios y por el mundo y “llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nación y por su rey, se arrojan intrépi-

42. Cristóbal de Virués, *La batalla naval (Historia de Monserrate)*, Cit. por J. López de Toro: *Los poetas de Lepanto*. Madrid, Instituto Histórico de la Marina, 1950, p.115

43. A. de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana*; cito por la edición de Madrid de 1993, Canto XVIII.

44. F. Negrodo del Cerro, *Los predicadores de Felipe IV: Retórica y política en la Real Capilla*, Madrid, Actas, 2003. (Cap. 4.3. pp. 540 y ss.)

45. M. Fernández Álvarez, *Política mundial de Carlos V y Felipe II*, Madrid, 1966.

damente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan”⁴⁶. Esta visión de los soldados como instrumentos de Dios se reproducen también en otros muchos autores de gran proyección social, como el propio Quevedo, que llega a decir de los soldados que eran auténticos inquisidores (en el sentido que la palabra tenía en la época, claro) en su trabajo. Cuando el Duque de Baviera se dispone a arengar a sus tropas les transmite esa “responsabilidad”:

“Ea, alemanes: causa es la fe, inquisidores sois, no soldados, tribunal es éste, no ejército... Parte nuestra es la que vamos a cortar, sangre propia derramaremos hoy; más esta batalla, por guarecer dolencia de todo el imperio semblantes tiene antes de medicina que de batalla”⁴⁷.

Por su parte, Lope de Vega (qué también decir de la difusión y proyección de sus obras), en *Los guanches de Tenerife* plantea una situación bastante próxima a la anterior cuando presenta como personaje principal al arcángel San Miguel, que es quien dirige a los españoles en la conquista de la isla. Sobre él, el personaje Don Lope llega a decir: “Él nos sirve de fanal/ y su espada celestial/pondrá a estos bárbaros yugo”⁴⁸. De hecho, aunque en esta obra se dé voz al “otro” al enemigo, exponiendo sus –justas- preocupaciones y penurias, se plantea, directamente para Canarias e indirectamente para América, la justificación de las conquistas, en última instancia, y pese al reconocimiento de la crueldad que comporta, por la misión evangélica de la Monarquía.

Además, esta defensa a ultranza de la fe cristiana aparece como digna de imitación de otras naciones, cuyos súbditos muestran gran admiración por la sublime y trascendente empresa, de carácter divinal, que están llevando a cabo los españoles. En la novela bizantina y de aventuras *El peregrino en su patria*, también de Lope, novela, por cierto, publicada en Sevilla en 1604 y que obtuvo un éxito inmediato, un alemán advierte la cultura de un español y se lamenta de que su patria está infestada de errores del demonio, de esta guisa:

“Está aquella nuestra mísera y infelicitísima tierra tan infestada de errores que el Demonio y sus ministros han sembrado en ella que para salir del peligro que podía correr mi saluación, (como el que huye del lugar inficionado), elegí la Católica España por asilo, donde haviendo estado algunos años (bien lo conocerás en mi lengua), no quise salir Della sin visitar las estaciones que tiene tan dignas de maravillosa veneración”⁴⁹.

Para después hacer una análisis histórico (mejor sería decir juicio histórico) de la actitud de la monarquía española antes los desafíos heréticos de Lutero y de los Países Bajos. Merece la pena no perderse ni una palabra del argumento del español cuando defiende a

46. M. de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, (primera edición de la primera parte en 1605 y de la segunda en 1615), cito por la edición de J. Pérez del Hoyo, Madrid, 1963. I parte, pp. 175-176.

47. F. Quevedo y Villegas, *El mundo caduco y los desvaríos de la edad*, B.A.E., Vol. I.

48. Lope de Vega, *Los guanches de Tenerife*, edición de Madrid de 1961, Acto I, Cuadro I.

49. Lope de Vega, *El peregrino en su patria*, ((Primera edición de Sevilla de 1604. Cito por la edición de 1971 de la Universidad de Carolina del Norte cuidada por Myron A. Peyton), p. 225.

Carlos V ante el católico alemán después que éste le recriminara que el soberano debía haber tratado con mayor dureza y eficacia la rebelión de Lutero:

“-No creas, dixo el peregrino, que faltó diligencia en Carlos, de que no sólo están llenas las historias pero ay ombres oy día que se acuerdan y las refieren. Ya tu sabes lo que intentó con las letras, con los consejos, con las amenazas, y con las armas las vezes que citó a Luthero, las muchas que fue públicamente vencido, sin otras infinitas amonestaciones con que procuró aquietarlos, pues San Bernardo dize que la Fe se a de persuadir y no mandarse. Y pues las armas se yrritan con las armas, como refiere Plinio, Buelue los ojos a Flandes y mira qué efecto hizo el castigo que el Duque de Alua executó en los condes, aconsejado de Cicerón quando dize en su *Philipica* que es buen cortar alguna parte para que el cuerpo no perezca”⁵⁰.

Es decir, no faltaban los argumentos históricos de cierto peso (señal del, como decíamos antes, sorprendente conocimiento que tenía la sociedad de los avatares de la política internacional) para justificar una posición política determinada a través de la literatura de ficción, especialmente cuando el tema religioso estaba por medio. Y todo ello, para este caso, en el contexto de una posible aproximación para la paz –como a la postre se hizo- en Flandes (recordemos la Paz con Inglaterra de 1604 y la Tregua de Amberes de 1609).

No cabe duda de que estos conductos, difíciles de medir pero de gran proyección recordando el éxito de su difusión entre el público, eran importantes para la creación y mantenimiento de una determinada cultura político-religiosa-militar de la época.

El propio Calderón va a mostrar claramente es sus obras la visión providencialista de España en Flandes. En su comedia *El Sitio de Breda*, ya desde los inicios de la obra, pone en boca del mismísimo Ambrosio de Spínola:

“ESPÍNOLA: Mi humilde celo, mi temor piadoso
dichosamente sus aplausos fia
A la fe de Felipe poderoso,
Cuarto planeta de la luz del día;
Y espero que su intento religioso
ha de asombrar en Flandes la herejía,
dando el sangriento fin alguna hazaña,
alabanzas al cielo, honor a España”⁵¹.

En *El primer blasón del Austria* nos muestra también don Pedro el alto grado de providencialismo con el que estaban cargadas sus obras, especialmente en el contexto de la batalla de Nördlingen. El diálogo que se establece antes de la batalla entre el Cardenal-Infante y el Rey de Hungría tampoco tiene desperdicio:

50. Lope de Vega, *El peregrino en su patria* (Primera edición de Sevilla de 1604. Cito por la edición de 1971 de la Universidad de Carolina del Norte cuidada por Myron A. Peyton), p. 228.

51. P. Calderón de la Barca, *El sitio de Breda*, B.A.E., VOL. 7, T.I, Madrid, 1944, Jornada I, Escena I, p. 110.

“INFANTE [...]

Señor, ésta es vuestra causa;

Bien sabéis que yo defiendo

vuestra ley divina y santa,

vuestra verdadera fe,

y vuestra Iglesia romana;

¡ayudadme a questo día

a que se rompa y deshaga

el poder de los herejes

que la afligen y maltratan!

¡Rey don Fernando, embistamos!

REY: Dios nos ayuda y ampara

¡a ellos!, que de este modo

nuestra victoria se allana

¡San Esteban, pues, y a ellos!”⁵².

Para que, después de la batalla, el personaje de la Iglesia anuncie en los tonos más solemnes:

IGLESIA:

[...]

Siempre arderá en mis altares

las más felices aromas

con holocaustos debidos

a mi Cáliz y a mi Hostia,

de quien es la casa de Austria

tan peregrina devota,

que por eso la sublima

y la ensalza más que a todas”⁵³.

Y no es menos nítida y trascendente la posición de Cervantes al respecto a través de sus obras. En *La española inglesa* se pone claramente en segundo orden la condición de enamorado del personaje principal, Ricadero, ante su más importante condición de cristiano. De hecho, Ricaredo se queda sumido en gran duda ante el encargo de su señora la reina de Inglaterra de hacer la guerra (ya que él era católico en secreto) para poder obtener como recompensa a su amada Isabela, dama de la corte inglesa⁵⁴. Además, el enfrentamiento religioso está a flor de piel en toda la obra cuando las razones que esgrime la camarera de la reina para

52. P. Calderón de la Barca, *El primer blasón de Austria*, Estudio y edición de Enrique Rull y José Carlos de Torres, Madrid, 1981, P. 134.

53. P. Calderón de la Barca, *El primer blasón de Austria*, Estudio y edición de Enrique Rull y José Carlos de Torres, Madrid, 1981, pp. 136-137.

54. Miguel de Cervantes Saavedra, *La Española inglesa*, (novela bizantina con primera edición en 1613), (cito por la edición de Madrid, 1991), pp. 20-21.

no ser castigada por ésta por haber envenenado a Isabela se fundamentan en que, con ella, se quitaba una católica de la faz de la tierra: "...en matar a Isabela hacía sacrificio al cielo, quitando de la tierra a una católica"⁵⁵.

Cuando en el *Quijote* el cautivo cuenta su larga e interesante historia no deja de decir al principio de su discurso, cuando hablada del camino que había de coger: "...vine a concluir en que cumpliría su gusto, y que el mío era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él a Dios y a mi rey"⁵⁶.

Así pues, se producía, como recordaba Rodríguez Salgado, un gran ensamblaje de valores reunidos en la idea de la fe, el rey y España⁵⁷, que se iban transmitiendo recurrentemente y con una gran difusión por medio también de la literatura de ficción, no sólo de la tratadística política y de la historiografía. Es posible que sea exagerado, con sólo atisbarlo, como hace Maravall, el pensamiento de que en Castilla las rebeliones no se dieron, ante la presión fiscal y humana, por el efecto de la comedia⁵⁸, pero no cabe duda de que la literatura, con estos canales de difusión tan amplios a partir de los gustos del público, y sin que hubiera necesariamente una campaña propagandística directa y orquestada sistemáticamente desde el poder, juega un papel muy importante para la implantación de la cultura de la guerra a través de la sublimación de los motivos de la lucha. Unos motivos que superaban las metas más altas terrenales y que acercaban más a la Divinidad. Luchar por ellos era, en ese contexto cultural, toda una apuesta de vida.

55. Miguel de Cervantes Saavedra, *La Española inglesa*, (novela bizantina con primera edición en 1613), (cito por la edición de Madrid, 1991), p. 39.

56. M. de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, (primera edición de la primera parte en 1605 y de la segunda en 1615), cito por la edición de J. Pérez del Hoyo, Madrid, 1963. I parte, p. 207.

57. M.J. Rodríguez Salgado, "Patriotismo y política exterior en la España de Carlos V y Felipe II", en F. Ruiz Martín, *La proyección europea de la Monarquía Hispánica*, Madrid, 1996.

58. J.A. Maravall, *Teatro y literatura en la sociedad barroca*, Madrid, 1990., pág. 69.